

EQUILIBRIO EUCARISTICO

A finales de este mes de junio celebraremos la solemnidad del Cuerpo y de la Sangre del Señor. Se trata de una fiesta que, con sus populares procesiones y con sus ricas custodias, era considerada hace bien poco tiempo como una de las más solemnes celebraciones del ciclo litúrgico. Hoy las cosas parecen haber cambiado en torno a la solemnidad del «Corpus». Y no únicamente en el ámbito civil de las calles públicas sino incluso en el contexto eclesial y en la misma consciencia de muchos cristianos. Por ello, pensamos que una reflexión entorno a lo que es, a lo que significa y a las maneras como celebrar la Eucaristía puede ser sugestiva para los fieles de nuestros días.

Empecemos diciendo que la Eucaristía es uno de aquellos dones que la Iglesia ha recibido del mismo Señor y que consiguientemente, por razón de este su origen «divino», forma parte de las realidades que según el Vaticano II son inmutables (Sacr. Conc. 21) por lo que nadie, ni el supremo pastor de la Iglesia ni el concilio ecuménico, puede variar. Así entendía ya la celebración eucarística el Apóstol y así la quiso transmitir a las generaciones posteriores cuando, refiriéndose a este misterio decía a los corintios: «He recibido una tradición que que procede *del Señor* que a mi vez os he transmitido» (11, 23).

Pero este origen divino e intocable de la Eucaristía no obsta a que los cristianos de las diversas épocas, subjetivamente, hayan interpretado con acentos diversos -algunos más equilibrados, otros indudablemente más parciales y pobres- el don recibido que en sí mismo es único. Desde los testimonios eucarísticos primitivos hasta las devociones a la Eucaristía de los tiempos más recientes han habido acentos indudablemente muy diversos. Las maneras como presentan e interpretan la Eucaristía la Didajé (finales del s. I), san Justino (+ ca 165) o la Tradición Apostólica de Hipólito (+ 235) son ciertamente tan lejanas de las disquisiciones teológicas

de un santo Tomás (+ 1274) como la teología eucarística de este doctor de la Iglesia lo está a su vez de las devotas visitas al Santísimo Sacramento de un san Alfonso María de Liguori (+ 1787).

También en nuestra época, la del Vaticano II y la del postconcilio, ha habido cambios notables en las maneras de vivir e interpretar la realidad eucarística. Uno de estos cambios de acento aparece en el mismo vocabulario eucarístico. En efecto, si hasta la primera mitad de nuestro siglo bajo la palabra «Eucaristía» comunmente se entendía la «Reserva eucarística» -a la celebración se la llamaba comunmente «Misa»- a partir del Vaticano II, en cambio, el vocablo «Eucaristía», pasó rápidamente y como por arte de encanto, a significar, de manera casi exclusiva, no ya la «Reserva» sino la celebración eucarística. Hay un dato curioso con respecto a este rápido cambio; en los documentos del Vaticano II la palabra «Eucaristía» figura 42 veces y en 41 de ellas el vocablo tiene referencia a la celebración, mientras que una sola vez la expresión «Eucaristía» alude a la Reserva eucarística (al hablar de que entre los deberes del presbítero figura el de la visita diaria al Santísimo [Presb. Ord. 18]). Esta rápida evolución que, dejando casi en la penumbra la realidad de la presencia real, todo lo centra en la celebración, no dejó de pasar inadvertida a Pablo VI. Fue precisamente para equilibrar la práctica eucarística del postconcilio y para que no quedara olvidada la presencia real que Pablo VI escribió la rica encíclica «Mysterium fidei» (1965).

C. González hace en las páginas que siguen unas oportunas reflexiones sobre la recuperación del *conjunto* de la práctica eucarística. La celebración de la misa es, sin duda alguna, el centro de toda piedad entorno a la Eucaristía. Añorar tiempos pasados en los que el culto a la *Eucaristía* (Exposición del Santísimo, precesiones, visita al Sacramento, etc.) primaban por encima del *culto eucarístico* (celebración de la misa) sería empobrecer y desequilibrar el sentido original de la Eucaristía.

Pero, sentada la primacía de la misa, sería también empobrecedor para la piedad cristiana olvidar que Cristo, que en la celebración eucarística actualiza su entrega al Padre en sacrificio y su entrega a los hermanos en sacramento de reconciliación y santificación, permanece junto a sus fieles para que, a través de los mismos signos sacramentales, recuerden y profundicen en sí mismos la acción de su tránsito pascual.

Para lograr que este recuerdo constante que se extiende más allá de la celebración logre su verdadero significado resulta, eso sí, necesario, «situarse»

y adorar los signos sacramentales de manera que la «presencia real» no se limite simplemente a ser «presencia del Señor cerca de nosotros» sino que se logre contemplar la Eucaristía, incluso en su reserva, como presencia que, por sus mismos signos, alude a la acción pascual de Jesús.

Otro motivo que debe forzar a los fieles al culto eucarístico después de la misa es que resulta de la mayor coherencia que quienes nos «servimos» del sacramento del Cuerpo y de la Sangre del Señor, que él mismo pone a nuestro alcance en la celebración, para participar, con este instrumento, de su pascua, dediquemos también algún tiempo a adorar al Señor, autor de esta dádiva y a agradecerle que haya hecho su mismo Cuerpo y Sangre «sacramento» para nuestro provecho.

Pero el equilibrio eucarístico no se limita a situar correctamente la celebración y la presencia real del Señor después de la misa. Es necesario también cuidar los acentos en el interior de la misma celebración eucarística. Porque ni todas las prácticas que en torno a la misa han ido surgiendo aquí y allá, tanto en la historia pasada como en nuestros días, expresan bien la realidad del sacramento eclesial, ni todos los textos usados en las celebraciones tienen ni una idéntica densidad teológica ni un parecido contenido espiritual.

«Notitiae», la revista oficiosa de la Congregación del Culto Divino y de las Disciplina de los Sacramentos, se ha referido recientemente en dos ocasiones a la necesidad de procurar el debido equilibrio con referencia a algunos aspectos de la celebración eucarística; el que debe mediar entre la doctrina y la práctica eucarística y el que debe darse entre los matices que podríamos llamar mayores y más secundarios de algunos textos celebración. Este es un nuevo punto de reflexión sobre el que habrá que insistir.

Con referencia a la doctrina y la práctica de la celebración «Notitiae» se preguntaba en el Editorial del pasado mes de noviembre cómo es posible que, después de la insistencia conciliar sobre el carácter comunitario-eclesial de la celebración eucarística (doctrina) surjan ahora algunas prácticas devocionales propias de tiempos pasados, pero renacidas hoy en un contexto distinto y ciertamente menos propio. Porque si hubo tiempos en los que, olvidado el papel central de la misa, la piedad eucarística se alimentó con una determinada literatura ajena totalmente a la celebración, hoy se comprende con mayor dificultad que estos mismos matices subjetivos resuciten pero situados ahora, con evidente desacierto, en el interior de la misma celebración. «Si la Eucaristía es nuestra, dicen algunos, ¿porque no podemos expresar en el interior de la celebración lo que sentimos personalmente?». El desequilibrio

resulta aquí evidente. Las visitas al Santísimo en las que figuraban antaño cantidad de preces intimistas son en realidad actos de devoción personal y por ello en su ámbito cabe muy bien el «tú a tú» con el Señor, la espontaneidad de las oraciones y la libertad en las expresiones vocales o mentales. Pero la celebración eucarística ya no es «mía» -ni tan solo «nuestra» si con el «nuestro» entendemos el grupo que asume la celebración- sino de toda la Iglesia «extendida de Oriente a Occidente y presente en la asamblea reunida».

En agosto del mismo año 1991 «Notitiae» se refirió nuevamente a otro aspecto de equilibrio eucarístico. Esta vez la referencia en la revista fue doble y más autoritativa: por una parte se publicaba un decreto vinculante de la Congregación regulando el uso de la que en nuestros misales nacionales figura equívocamente con el nombre de «Plegaria eucarística V» y por otra un comentario a dicha normativa y al texto latino ahora parcialmente modificado de la citada Plegaria eucarística, firmado por el Subsecretario de la Congregación.

Subrayemos en primer lugar que el decreto de la Congregación quiere que la llamada entre nosotros «Plegaria eucarística V», de ahora en adelante, se titule «Plegaria eucarística que puede usarse libremente en las misas por diversas necesidades». El cambio puede parecer de poca monta; pero responde a una realidad bastante más importante: la referida Plegaria no es un texto más añadido a las cuatro Plegarias del misal sino un texto «menor» que nació circunstancialmente y cuyo uso puede tener sentido únicamente en determinadas circunstancias.

De este carácter «menor» de la hasta ahora llamada «Plegaria V» se desprende tanto la negativa inicial de la Congregación romana negando la posibilidad de colocar este texto en el cuerpo del misal, a continuación de las cuatro grandes Plegarias de la liturgia romana, como la nueva normativa que ahora limita el uso de este texto menor, limitación que se funda en importantes motivos que en otra ocasión comentaremos. Adelantemos únicamente que será necesario revisar el cuadro sinóptico que publicó el Secretariado Nacional recomendando el uso de este «texto menor» incluso en las celebraciones dominicales y la recomendación a los editores de misales para los fieles de que eviten colocar en los futuras ediciones de misales para los fieles la susodicha plegaria en continuidad con las cuatro anáforas «mayores» pues no resulta pedagógico que un texto «menor» aparezca a continuación y sin ningún signo diferenciante, junto a las cuatro grandes oraciones eucarísticas del misal.— P. F.